

Acevedo, Ramón Luis, editor, *De la leyenda dorada: antología de escritores corozaleños*, Río Piedras-San Juan, Editorial Isla Negra y Ediciones Corozo, 1996.

Esta antología, preparada por el crítico e investigador corozaleño Ramón Luis Acevedo recoge una variada selección de la obra de diez escritores de su pueblo de Corozal, así como una muestra representativa de la literatura folklórica, proveniente de la tradición oral, y varias décimas de conocidos decimistas y trovadores de ese pueblo del centro montañoso de Puerto Rico. Complementan las selecciones un ensayo introductorio titulado *Panorama de la actividad literaria en Corozal* y notas bio-bibliográficas sobre cada autor que nos permiten situarlo en el espacio y en el tiempo y nos llevan a valorar mejor los textos antologados. Conviene mencionar que el libro también incluye ilustraciones del artista José Luis Rodríguez, natural del mismo pueblo y quien también es responsable por la hermosa y sugestiva portada.

La importancia de este hermoso libro para Puerto Rico se resume en las palabras que incluye el editor en la contraportada donde afirma lo siguiente: "El cultivo de las letras en los pueblos pequeños de nuestra isla es un fenómeno frecuentemente ignorado, pero de gran interés cultural, literario y sociológico. ...A través de estos textos y de las ilustraciones de José Luis Rodríguez, el lector podrá captar el pasado y el presente, la mentalidad y las costumbres, los estilos de vida y las aportaciones literarias de un pueblo representativo de la montaña".

Las notas bio-bibliográficas son buen ejemplo de lo anterior. Nos permiten penetrar y curiosear en el rico y a veces pintoresco mundo de la intra-historia de cada autor: sus viajes, sus oficios, sus estudios e intereses profesionales, algunas de sus experiencias anecdóticas, sus gustos literarios, sus ideas y su perspectiva frente al mundo. Por virtud de estas notas los autores se transforman en personas y las personas en personajes del quehacer cultural pueblerino, gracias a la ágil pluma del antólogo quien, además de estar bien documentado, escribe con sencillez, precisión y amenidad.

La antología se inicia muy propiamente con la figura de dimensión universal Emilio R. Delgado, hombre de extraordinario valor por su labor periodística, ideológica y literaria, vanguardista e internacionalista, cuya vida agitada transcurrió entre Puerto Rico, España y los Estados Unidos. De hondas raíces patrióticas, hombre de acción y pensamiento crítico, Delgado fue ficha clave en el desarrollo de nuestro vanguardismo literario de la década del 20 y el intelectual puertorriqueño más destacado e influyente en la vida española durante la Segunda República y la Guerra Civil. Como subraya Acevedo, este corozaleño universal, amigo de Rafael Alberti, Miguel Hernández y César Vallejo, fue uno de los periodistas más efectivos, valientes y comprometidos del bando

republicano. Los poemas suyos que se incluyen en esta antología, algunos de ellos desconocidos y rescatados de periódicos, revistas y antologías de Puerto Rico y el extranjero, revelan a un poeta que dominaba, con sensibilidad y talento, las formas más depuradas de la estética vanguardista.

Le sigue a Delgado en este libro su tocayo y contemporáneo Emilio Crespo, soldado, poeta y actor ocasional, cuya vida también transcurre en buena medida fuera de la isla, en Nueva York y Panamá, y quien cantó a su pueblo y a sus amores con fino acento modernista.

Nos detenemos luego en otra figura de indudable importancia nacional: Don Teófilo Maldonado. Precoz e incisivo periodista dedicado a la crónica deportiva y a la crónica política, comprometido con la verdad más allá de banderías políticas e intereses partidistas, Maldonado sentó cátedra de profesionalismo periodístico a través de las páginas del extinto periódico *El Mundo*. El artículo suyo que aquí se reproduce, "Éste fue mi maestro: Don José Coll Vidal", revela un alma noble y generosa que al honrar a su maestro, otra de las grandes figuras del periodismo puertorriqueño, se honra a sí mismo.

Autor curioso es el que le sigue: Sixto Febus, pintor, poeta y cuentista, pero, además taquígrafo "olímpico", ganador del torneo mundial de taquigrafía celebrado en Nueva York en 1947, cuando tomó un dictado a la velocidad de trescientas palabras por minuto. Maestro también, fundador de una escuela de comercio en Corozal, su poema "Más allá del abismo", poema en prosa rítmica y cadenciosa de corte vanguardista, nos evoca al Palés Matos de "Puerta al tiempo en tres voces". Dice Febus en la oración final: "Al pensar que te pierdo, pienso que no es perderte, sino dejarte todo como si ya no fueses, porque la sombra nunca solloza en la penumbra, y la luz se adormece cuando el sol se despierta".

Otro de los escritores curiosos que figuran en esta antología es José Agustín Acevedo, poeta y dramaturgo, pero, además, contable y publicista. Este autor se destaca por su sentido del humor y la ironía, por su deseo de cultivar una literatura festiva y accesible. Sobre su propia poesía afirma: "Mi poesía no tiene nada de genial, pero es al menos original y eso me basta. Y los lectores que realmente me importan tendrán la oportunidad, con mi complicidad, de mofarse de ese monstruo hipócrita disfrazado de buen gusto que no es otra cosa que un verdugo que nos aplica la última pena: la de morirnos de aburrimiento".

Una revelación de esta antología es la de Elba Nilsa Villalba, corozaleña por crianza y adopción, maestra, abogada, poeta y mujer comprometida con las causas libertarias. Pertenece a la Generación del 70, pero ha publicado muy poco. La gran mayoría de los poemas incluidos en este libro permanecían inéditos. Auténtica voz femenina, son particularmente logrados sus poemas "Leve nido del tiempo" y "El silencio se arrugó de voces". Este último expresa con profundo lirismo la soledad del desamor y el amargo recuerdo del silencio.

Otra revelación es la del propio antólogo Ramón Luis Acevedo, a quien no

conocíamos como poeta y cuentista, sino como estudioso de la literatura puertorriqueña e hispanoamericana, reconocido internacionalmente por sus trabajos sobre la narrativa centroamericana. Su relato "Gracias por venir" traduce la historia de la tía Monsita a modo de reescritura de recuerdos de la propia vida del autor, sabiamente combinados con elementos de ficción, y evoca, con sutiles detalles, el ambiente y la mentalidad tradicional del pequeño pueblo. Sin cabos sueltos, con aparente sencillez, el narrador evoca un personaje que conocemos, tanto a nivel de la intertextualidad, como en el acontecer de nuestras propias vidas. "Así la reconocemos y nos reconocemos en esta tía que tan cerca, pero que tan sin que lo notáramos, se consumió en el cáncer injusto de una secreta ilusión", nos dice el crítico José Luis Vega en una nota citada.

Otros autores representados en esta antología son Rafael Ángel López, educador que se ha dedicado a rescatar y reescribir las historias y leyendas populares de su pueblo, así como a producir algunos cuentos originales; y la más joven del grupo, Wilma Matos, nacida en 1963, autora de hermosos cuentos para niños.

Si sumamos a la producción de este grupo de autores el cuento folclórico "Los ojos del caballo" recogido en el barrio Cibuco, las décimas anónimas y las de los poetas populares Acisclo Rivera, Paco Miranda, Ramiro Berríos y Pepe Ríos, que se incluyen en la sección final, ciertamente tenemos que concluir que encontramos aquí una muestra muy rica y bien redondeada de la literatura escrita y oral que se ha producido en un pequeño pueblo del interior de Puerto Rico.

La rica variedad de los textos seleccionados, así como las notas bio-bibliográficas sobre los autores, se enlazan y complementan armoniosamente, confiéndole un claro sentido de unidad, balance y diversidad al libro. La antología nos invita a viajar en el tiempo histórico-literario a través de una rica geografía de voces, estilos y géneros diversos: desde la poesía al relato, desde la crónica periodística al poema satírico, desde la leyenda al cuento infantil. Nos desplazamos en el tiempo desde los versos modernistas y vanguardistas, pasando por los de acentos criollistas y posmodernistas, calando en los satíricos, narrativos y humorísticos hasta llegar a la contemporaneidad más inmediata. Recorreremos, además, en la temática, la amplia gama del corazón humano: la muerte, Dios, la soledad, el amor, la naturaleza, la patria, la libertad, el dolor, la ausencia y la nostalgia.

Por último, conviene destacar también el ensayo introductorio "Panorama de la actividad literaria en Corozal", texto muy pertinente como marco macro-textual. Este trabajo permite contextualizar la trayectoria literaria corozaleña e insertarla en el devenir histórico de las letras puertorriqueñas, situando a los autores incluidos en esta antología dentro del orbe literario más amplio de la nación puertorriqueña. Además nos ofrece información sobre otros autores cuyos textos, por diversas razones, no aparecen incluidos, y nos permite visualizar

la producción literaria del pequeño pueblo desde una perspectiva más bien sociológica, como un proceso que va más allá de las individualidades y que se inicia en la segunda mitad del siglo XIX. Así las cosas, este panorama tiene mucho de crónica cultural, ya que informa, entre otros asuntos, sobre la fundación de instituciones culturales, la labor de investigadores corozaleños en diversos campos del saber humanístico, la creación y desarrollo de revistas literarias, la presencia de destacadas figuras, la celebración de actividades culturales y la participación de músicos y artistas gráficos en el acontecer cultural del pueblo. Este texto introductorio es una ventana amplia que nos permite apreciar el panorama de la actividad creadora en los distintos órdenes del arte y la literatura que durante más de un siglo han realizado los corozaleños.

En fin, hay que elogiar la labor del antólogo y editor quien ha logrado montar un libro ameno, informativo, interesante y revelador con materiales que no corresponden, la mayor parte de las veces, a escritores famosos y ya consagrados. De modo que esta antología resulta, además de valiosa a nivel literario, útil y accesible a lectores de diversas edades, intereses y gustos estéticos, dentro y fuera de los confines de su pueblo.

Ricardo Cobián Figueroux
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

López-Baralt, Mercedes, *El barco en la botella: la poesía de Luis Palés Matos*, San Juan, Editorial Plaza Mayor, 1997.

Cuando en 1979 escribí unas notas en torno a la bibliografía sobre Palés (Mairena, I, N°1, pp. 77-91), al referirme a los trabajos de Margot Arce reconocí su labor diciendo: "si bien es cierto que el libro total, orgánico y definitivo sobre la obra de Luis Palés Matos no está aún escrito, el conjunto de ensayos críticos de la Dra. Margot Arce ofrece una imagen muy completa del hombre y del poeta puertorriqueño. El de la poesía negra y el de la poesía blanca. En enfoques parciales y en iluminaciones abarcadoras. En la búsqueda de lo peculiar, de la razón psicológica o del principio unificador"... Y pienso ahora que el libro "total" y "definitivo", deseado, tratándose de una obra tan rica como la de Palés, será siempre muy difícil escribirlo. Porque siempre habrá otras lecturas, sugerencias sorprendidas y nuevas perspectivas de aproximación. Ello no obstante, podemos ya pensar que el libro esperado, orgánico y consistente ha llegado ahora, muy oportunamente para el centenario del nacimiento del poeta, con un título simbólico, publicado por la Editorial Plaza Mayor. Y llega como fruto de una minuciosa investigación y de amplias meditaciones; con un excelente enlace de ideas y de datos, de discusiones y afirmaciones. Su autora lo ve como una experiencia personal y nosotros como término de trabajos anteriores: las ediciones del *Tuntún de pasa y grifería*, 1993 y de *La poesía de Luis Palés Matos*. Edición crítica, 1995; de las conferencias y estudios diversos sobre Palés. En este barco explorador ha puesto todo su entusiasmo y mucha erudición al servicio del poeta.

Para una primera idea, nada mejor que el párrafo inicial del último capítulo en el que la autora sintetiza todo lo precedente, y que reproduzco aquí por dos razones: para disculparme de una larga enumeración de asuntos y para ofrecerlo como ejemplo del cuidado puesto a lo largo del libro por enlazarlo todo, por mantener la secuencia y la cohesión interior del discurso.

Hemos asediado hasta aquí la poesía palesiana desde diversos ángulos, ocupándonos de los problemas de su recepción temprana (canon y marginalidad, los "bombos y palos" de los que hablara en su momento Tomás Blanco), de cuestiones de historia literaria (la precedencia de su negritud sobre la de los poetas cubanos, su incursión pionera en el erotismo, su posible influjo sobre Lorca, el diálogo intertextual entre Palés y sus maestros y contemporáneos: Lope, Darío, Lorca, Herrera y Reissig, Llorens, Pedreira, Nicolás Guillén, De Diego Padró), de asuntos de literatura comparada (su relación con escritores de otras lenguas: Lagston Hughes, Vachel Lindsay, D'Annunzio, Rimbaud, Baudelaire) y de la polémica oculta que sostiene con diversas voces de su entorno contemporáneo más allá de la literatura (sociólogos, historiadores, antropólogos, músicos). Además de considerar el diálogo entre el poeta y tanto su público como sus interlocutores, hemos abordado la naturaleza misma de su quehacer poético. Al hacerlo, nos hemos visto obligados a desmentir la parcelación crítica de la poesía de Palés en dos etapas: poesía negra y poesía blanca. Pues elementos como

el grotesco, la ironía, las imágenes nutricias, el humor y la metamorfosis se convierten en claves de lectura que otorgan coherencia a la creación lírica del vate guayamés. (p. 217)

El acierto principal de López Baralt está en no perder nunca de vista al poeta, según la observación de Vicente Aleixandre: "la poesía empieza en el hombre y en él concluye". Confiesa que al acercarse a Palés para estudiarlo, su experiencia ha sido como abrir una caja de Pandora y que, no obstante la pretensión modesta, la de "proponer varias miradas sorprendidas a su obra múltiple", ella quiere "pensar al poeta", que significa ir más allá de la investigación y de los resultados dialécticos de la discusión. Es entrar en el mundo del poeta, para llegar a las esencias de su obra y ver en ellas las raíces de la expresión nacional.

La distancia observada entre la excelencia de la obra palesiana y la recepción crítica, deficiente en buena parte, por falta de información o por la exagerada atención a la poesía negroide con ausencia de la visión total, no la detiene, antes la estimula.

Ella concentra su atención en Palés con un interés afincado en temas capitales —el prosaísmo y el grotesco en la lírica temprana, el erotismo pionero de "Las voces secretas", la ironía como llave del *Tuntún...*, la secuencia entre las etapas y modalidades poéticas y el contrapunto entre las imágenes del pantano y el barco. Pero esa atención tiene capacidad para irradiarse, iluminando cuestiones laterales —el paralelo con Julio Herrera y Reissig, por ejemplo; las comparaciones fragmentarias con G. D'Annunzio y José De Diego Padró. Atención que, al modo de miradas complementarias, iluminan otros espacios poéticos; y colaboran en el propósito central: el descubrimiento y descripción del proceso creativo, sin menoscabo del orden y la coherencia entre todos los elementos.

El barco en la botella... es, esencialmente, de carácter ensayístico, pero con porciones de biografía, historia de la literatura, de crítica y contracrítica. Y tal vez, sería mejor decir que, en este último aspecto, resulta ser una ampliación y trascendencia de la crítica palesiana —crítica que ha tenido (más particularmente la relacionada con la poesía negroide) diversos grados: seriedad y agudeza, por un lado; superficialidad y carácter impresionista por otro. López-Baralt no entra en el examen de la crítica precedente con actitud polémica; prefiere la iluminación de las cuestiones. A algunas apreciaciones insustanciales, reiteradas en décadas pasadas, le basta con aludirlas; contrasta otras con las declaraciones, tan profundas como precisas, del poeta; añade para la consideración de otras, razones vinculadas con el momento cultural de occidente y las fuentes de la negritud; resume enfoques y dimensiones anotando sus fundamentos, razones y contradicciones. En un orden de preferencias, se advierte una mayor atención a los trabajos más recientes, en particular, cuando le sirven de apoyo. Concluye que "pese al reconocimiento de la crítica... el vate guayamés no ocupa hoy el lugar que merece en nuestro ámbito cultural" (p. 22).

De la poesía negroide describe primero cómo evoluciona la concepción palesiana de la negritud, sin dejar de anotar qué comparte con los poemas afrocubanos, y qué la distingue de ellos. En la de Palés señala la ausencia de la caricatura. (“Palés, más inclinado a la construcción del mito y del arquetipo, no cede a esta tentación representativa”, p. 118). Y cómo no cede, tampoco, al humor fácil, porque sabe elevar en el suyo “lo grotesco a desafío y la ironía a andadura vital” (p. 119).

El capítulo sobre la ironía en el *Tuntún...* es de los más densos y más ampliamente argumentados, con un hábil manejo de las fuentes —consignadas con mucha honradez (hasta las comunicaciones orales) y un acertado encuadre dentro del ámbito antillano. Para esto último se sirve de las cuatro leyes enunciadas por Jean Claude Bajeux para entender la poesía negrista en el Caribe; leyes que López-Baralt acepta como base y desarrolla como argumento junto al comentario del “Preludio en Boricua”, prólogo en verso del *Tuntún...* para abordar la ironía palesiana, “la llave imprescindible para acceder al universo del más polémico y famoso de los libros de Palés” (p. 167).

En este desarrollo discute algunos de los puntos más importantes, como: la unidad coherente del libro, la concepción de la negritud poética como música, la ironía en la trivialización y la ambigüedad; el sentido del título, interpretado como el llamado a una puerta (“¿acaso no se trata del ingreso o más bien, la irrupción irrespetuosa de la negritud en la lírica puertorriqueña?”), y como “propuesta sobre la identidad cultural puertorriqueña” (p. 168).

Es la ironía, según la autora, la que configura el programa poético del *Tuntún...*; la que participa como elemento constitutivo en cada uno de los rasgos caracterizadores del libro (p. 164) y el que “permite al poeta burlarse del mundo blanco e invertir con humor los valores sagrados de Occidente” (p. 162).

El barco en la botella... en su totalidad y en sus partes, en los resultados investigativos y en la réplica a una crítica precedente reaccionaria es una obra de afirmaciones, y algunas de este capítulo merecen un destaque: “La negritud palesiana —nada vergonzante— se asume de manera frontal y agresiva” (p. 168). “F.H. Habibe nos recuerda el valor de Palés como pionero en la literaturización del negro en las Antillas hispánicas... así como su gozosa aceptación del mestizaje como clave cultural antillana” (p. 169). “Para calibrar justamente la subversión de estos versos en un momento en que la retórica americanista de tantos destacados poetas hispanoamericanos... es declamatoria y apologética” (p. 171). “Indudablemente, el tema poético de Palés es plural: el nosotros que somos difícilmente” (p. 187).

Mercedes López-Baralt no acepta la escisión de la obra de Palés en poesía negra y poesía blanca. En las primeras páginas del capítulo IX muestra la trayectoria de tal división, por parte de la crítica, desde 1937. Ella considera que se trata de dos momentos sucesivos; que con esa división maniquea se desestima la primera poesía palesiana y que la etiqueta de “poesía blanca aplicada a la última poesía resulta inaceptable”.

Porque ni la poesía tiene color, ni los poemas en cuestión versan sobre la raza blanca, sino sobre lo humano. Digo más: el término "poemas negros" vale si se usa solo, pues alude al contenido temático de esta poesía, y más aún, a una de las vertientes de la vanguardia. Pero si se emplean los dos términos como alusivos a realidades opuestas, y con voluntad de que el uno defina al otro por contraste, entonces la voz "negra" se contamina de connotaciones negativas. Pues frente a lo "blanco" (que en Occidente suscita asociaciones de pureza, altura, bien y belleza), lo "negro" no puede menos que teñirse de sordidez, pecado y fealdad y éste definitivamente no es el caso en lo que atañe al negrismo —celebrativo sin duda— en Palés. (p. 200)

Las páginas subsiguientes del capítulo están destinadas a la argumentación y defensa de estos dos puntos: a) "el tema antillano —y aún el tema negro— no han sido abandonados del todo en su poesía última" y b) "cómo se hermanan las pretendidas etapas de la poesía palesiana, la del *Tuntún*... y de la última" (p. 201). La imagen múltiple de la Mulata-Antilla constituye un puente que acerca ambos tiempos y modalidades. Es una imagen arquetípica con diversas proyecciones, "pero quizás la más fecunda sea la de su transformación en barco" (p. 217).

La autora ha visto esta imagen del barco como metáfora omnipresente en la poesía palesiana, desde los primeros versos. La ha visto como emblema de la imaginación; ligada en una primera y en posteriores funciones con la imagen de la mujer —la mujer-barco; cargada con un sentido libertario; hecha de asociaciones clásicas y medievales; como representación de la Mulata-Antilla, como la "barca de ron", por su movimiento oscilante y porque

También convoca el recuerdo de la polémica oculta de Palés con Pedreira y aun con Belaval desde la "Plena del menéalo". La barca de ron es también, cómo dudarlo, la isla devastada por el monocultivo cañero. Es además la Mulata-Antilla literaria... Y es, en última instancia el cuerpo del poeta aficionado al tórrido elixir antillano. Esta última interpretación suscita dos imágenes poderosas: la del barco inmóvil en un mar de melaza (otra vez el sueño infantil de Palés niño preso en el pantano), y la del barco dentro de una botella. (p. 37)

Dentro de un contexto literario ve que las dimensiones de la imagen en Palés van "desde la visión de Puerto Rico como nave al garete (Pedreira 1934), hasta la barca de los sueños fallidos de Belaval (1934) y de la tierra sin rumbos de Clara Lair" (p. 217). Y como quiera que la de Palés está siempre en función de la tierra, como contraparte, necesita "explorar las dos caras de esta imagen dominante", con la discusión de cada una y el enfrentamiento de ambas.

El campo semántico del barco va ampliando su significado, apareciendo como sueño, ilusión, libertad, muerte... hasta entrar, inclusive, en las zonas misteriosas del inconsciente. Con la imagen de "el barco en la botella", forma metafórica del título, se entiende la contraposición entre barco (viaje, fantasía, poesía) y tierra (cerco, apresamiento); entre el naufragio y la esperanza.

El libro de Mercedes López-Baralt está sostenido por una estructura firme, redactado en un estilo claro, escrito con la mirada indeclinablemente fija sobre el objeto de su estudio, motivo de reflexión y argumentación: Luis Palés Matos en la totalidad; el hombre y el poeta, en lo que es más humano y perdurable. Si “su valoración cabal —como dice en la introducción— aún está por realizarse”, ella contribuye eficazmente para que se cumpla dicha realización. Su lectura ha de suscitar y enriquecer muchas otras lecturas de Palés, propiciando a la par, “el barthiano placer del texto que en la poesía palesiana reside en la imagería, el mito, el ritmo, la ironía, la intertextualidad y la autorreferencialidad” (p. 28).

Manuel de la Puebla
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

Lo que Don Quijote proclamaba, en medio de su hermosa locura, era su idea de la verdad, la cual no necesitaba comprobación, y debía más a la imaginación desbordada que a la lógica pragmática de unos necios que no entendían nada de los amores de los caballeros andantes, y cuyo trato con el mundo real era constante y soez.

Al igual que la atmósfera toda de *Don Quijote de la Mancha*, la historia dominicana podría definirse como un contrapunto agudo entre la realidad y el deseo, entre el suceder real y la imaginación. Es por eso que el libro de Pedro La San Miguel que comienza en estas líneas se llama *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*. Y es por eso que toda el instrumental analítico con el que trabaja el autor, no sólo incluye una formidable bibliografía histórica, sino que escha mano del discurso ficcional; construye algunos juicios con una pinta de énfasis en la paradoja, y subraya esa plasticidad trágica del hombre y la cosificación de esa isla, volcados sobre el último y violento episodio de la historia concreta, la historia verdadera en la que ha quedado como verificada la vida.

Pero si la historia es un suceder real, como decía Alfonso Reyes, desplazando los campos de la filosofía y la literatura de esa otra madeja de acontecimientos, lo primero que deberíamos preguntarnos es por qué Pedro San Miguel, un historiador reconocido entre nosotros los dominicanos, mezcla su libro *La isla imaginada*, y mezcla esa invención espiritual con la identidad, y finalmente con la utopía, que es como el hecho último de uno mismo, un discurso de deseo que no se da cabida con la realidad, y se entrapa en remedio en la desesperanza.

Una visita a la biblioteca del libro nos podría orientar respecto de qué se trata, en realidad, este libro. El libro se compone de cuatro ensayos; el primero titulado “La cultura imaginada: visiones babilónicas sobre el Santo Domingo

Pedro L. San Miguel. *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española.* San Juan y Santo Domingo: Editorial Isla Negra y Ediciones Librería La Trinitaria, 1997.

En su encuentro con los mercaderes toledanos, Don Quijote de la Mancha les pide con autoridad que proclamen a todo pulmón que Dulcinea del Toboso, emperatriz de La Mancha, era la más hermosa doncella de todo el mundo. Los mercaderes le pidieron entonces a Don Quijote que les mostrara aunque fuera un pequeño retrato de esa señora, y de seguro que viéndola no tendrían inconveniente alguno en proclamar lo que tan amenazadoramente el Caballero de la Triste Figura les solicitaba. Pero Don Quijote montó en cólera, y dispuesto a echar la batalla les respondió: "Si os la mostrara, ¿qué hicierais vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender".

Lo que Don Quijote proclamaba, en medio de su hermosa locura, era su idea de la verdad, la cual no necesitaba comprobación, y debía más a la imaginación desbordada que a la lógica pragmática de unos mercaderes que no entendían nada de los amoríos de los caballeros andantes, y cuyo trato con el mundo real era constante y sonante.

Al igual que la atmósfera toda de *Don Quijote de la Mancha*, la historia dominicana podría definirse como un contrapunteo agudo entre la realidad y el deseo, entre el suceder real y la imaginación. Es por eso que el libro de Pedro L. San Miguel que comento en estas líneas se llama *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española.* Y es por eso que todo el instrumental analítico con el que trabaja el autor, no sólo saquea una formidable bibliografía histórica, sino que echa mano del discurso ficcional, construye algunos juicios con una pizca de énfasis en la paradoja, y subraya esa plasticidad trágica del hombre y la mujer de esta isla, volcados sobre el último malentendido rostro de la historia concreta, la historia verdadera en la que ha quedado como vitrificada la vida.

Pero si la historia es un suceder real, como decía Alfonso Reyes, deslindando los campos de la filosofía y la literatura de esa otra madeja de acontecimientos, lo primero que deberíamos preguntarnos es por qué Pedro San Miguel, un historiador reconocido entre nosotros los dominicanos, titula su libro *La isla imaginada*, y mezcla esa aventura espiritual con la identidad, y finalmente con la utopía, que es como el sueño sublime de uno mismo, un discurso de deseos que se da de cabeza con la realidad, y se entrapa sin remedio en la desesperanza.

Un vistazo a la estructura del libro nos podría orientar respecto de qué se trata, en realidad, este texto. El libro se compone de cuatro ensayos, el primero titulado "La colonia imaginada: visiones históricas sobre el Santo Domingo

colonial", que pese a su nombre, no es un grueso tratado de la magnificada y aburrida vida colonial de Santo Domingo, sino el relato de la visión del mundo colonial que nuestros pensadores han tenido, desde Antonio Sánchez Valverde (cronista del siglo XVIII cuya estrategia de magnificación de la isla queda enteramente evidenciada en el ensayo), y que ha posibilitado el mito de un determinado espacio ideal en el pasado, al cual recurrir cuando el presente se convierte en tragedia, accediendo al complejo de primogenitura de nuestra cultura. De paso, se analizan otros mitos recurrentes de la vida nacional, vinculados siempre a los afanes de conformación de un Estado nacional que representara una identidad asediada, en cuya expresión pensada de ese asedio las reflexiones del historiador decimonónico José Gabriel García son un mosaico de liberalismo contradictorio y una mirada lánguida al producto final de la historia.

El segundo ensayo, "Discurso racial e identidad nacional: Haití en el imaginario dominicano", sitúa una problemática muy cara a la construcción de un discurso nacional en la República Dominicana. Debido a nuestra proximidad geográfica e histórica con Haití, el único país del mundo erigido sobre la base de una revolución de esclavos triunfante, la identidad del dominicano, desde los intelectuales hasta el imaginario popular, se ha levantado como un catálogo de opuestos culturales y raciales entre nosotros y Haití. Esto se tradujo en la falsificación monumental de una identidad que acarreó una forma de enajenación colectiva, según la cual todos éramos blancos hispánicos, y nuestra estirpe un poderoso escudo contra el peligro que significaba una nación vecina gobernada por un tipo humano racial y culturalmente condenado por la ideología del desarrollo, como seres contrarios a la civilización y el progreso.

El tercer ensayo, "La isla de senderos que se bifurcan: Jean Price-Mars y la historia de La Española", trae al debate la figura del intelectual haitiano más importante para la vida cultural dominicana. Yo no creo exagerar si afirmo que una parte destacada del pensamiento dominicano se ha conformado a partir de una relación dialógica con las ideas de Jean Price-Mars. ¿Qué es la bibliografía de Manuel Arturo Peña Batlle, uno de nuestros más importantes pensadores de este siglo, sino un gran diálogo que intenta destejer, como la célebre Penélope, el poncho que Jean Price-Mars ha bordado a la identidad del pueblo haitiano? ¿No es, acaso, su obra *La República de Haití y la República Dominicana*, publicada originalmente en francés en 1953, la incómoda mirada del "otro" respecto de esa moral de desquite con la que hemos sido educados los dominicanos? ¿Acaso no es Price-Mars el creador de la teoría del "bovarismo racial" de los dominicanos, culpable no sólo de un extrañamiento trágico de nuestra mismidad, sino de la posibilidad de una solución, de un entendimiento, entre haitianos y dominicanos? Price-Mars es, por lo tanto, una referencia obligada en las angustias de nuestra identidad.

El cuarto y último ensayo del libro, "Para contar la nación: memoria,

historia y narración en Juan Bosch”, de alguna manera es un mentís al análisis histórico tradicional, porque en él San Miguel trabaja la relación entre dos órdenes del discurso narrativo que parecen antitéticos: el orden de la historia objetiva y el del discurso ficcional. Bosch es, según San Miguel, el producto de ambos, y sus afanes modernizadores, que van de la ficción al discurso político e historiográfico, dan voz a una aspiración bien fundada en la problemática de la identidad: la aspiración de modernizar toda la vida de relación social dominicana, patente en su aspiración modernizadora frente al mundo rural y el campesinado.

La isla imaginada no es, por lo tanto, una interpretación a secas de la historia dominicana. Si algo define este libro es su irremediable vinculación con la tradición del pensamiento decimonónico dominicano que naufragó angustiada frente a la tarea de configurar un ideal viable del Estado-Nación; y el diálogo, el debate que escenifica con las ideas contemporáneas que atraviesan las mismas angustias, viniendo del azar desnudo y brutal de nuestra historia, frente a la incertidumbre de la identidad, sumida ahora en la encrucijada de la globalización. Y todo ello relacionando los hechos vividos con la historia cultural, con la decepción de los acontecimientos sociales que han producido un robusto pensamiento negador de las posibilidades de conformar nación, con las relaciones entre el poder y el saber, con los vínculos entre historiografía y ficción, con la posmodernidad y la escritura de la historia; en fin, con la particular aventura espiritual de los dominicanos.

El flujo progresivo de esta culturología histórica concreta un arribo sólo después de entretejer un análisis pormenorizado de la sociedad dominicana, en aspectos sumamente variados, como la invención de sí mismo que se ha visto hacer al dominicano en su cultura, o el habla de una historia de grandes y pequeños horrores, enraizada en una vocación trágica, que escapa aterrada de la historia factual, y se empina enfáticamente sobre una historia sagrada, en la que es la vida la que debe confirmar la escritura, y no la escritura ser como reflejo de la vida. Que yo recuerde, sólo el sociólogo e historiador holandés Harry Hoetink, en su libro clásico *El pueblo dominicano (1850-1900)*, elaboró un mural casi inabarcable en el que los hechos entraban por la vía narrativa en una relación dialéctica de actividades, de actos humanos (a veces sorprendentemente los más insignificantes), que cuajaban en una restitución contradictoria de lo que somos como producto final. Y ahora este texto de Pedro San Miguel, cuya heterodoxia lo lleva de la historiografía al estudio culturoológico, del referente político al texto literario.

¿Qué es lo que ocurre cuando un historiador habla a través de su escritura? Parece como si su discurso sustituyera la riqueza de lo real. Es su habla la que se expande, su punto de vista, pero en la narración pasa como el regreso alado de los acontecimientos. Hay una magia oculta en el habla de los historiadores, que esfuma el punto de vista del dicente, y transforma lo parcial en general, el

saber particular en el único saber legítimo y valedero. Cuando Pedro Alonso cuestiona la salud mental de Don Quijote, su vecino, el caballero andante se vira rápidamente y le responde: "Yo sé quien soy". Pero cuando narra la historia de las bondades de Dulcinea, la princesa de sus sueños, lo que le interesa es que los mercaderes toledanos asuman lo que él se imagina como verdad. Por eso es Don Quijote quien nos enseña que toda historia es una narración encantada. Todo pasado recuperado en la lengua es el producto de la imaginación. Y toda isla que sobreconstruye el horror que nos propone la historia, es una Isla Imaginada, siempre ardiente en la destreza de repujar la utopía, cercada siempre por una pasión de ser visible, casi computable.

Quienes se aventuren en las páginas de este libro disfrutarán de una prosa que se zambulle, por momentos, en la lírica. Pedro San Miguel tiene la ventaja del cuentero (al final todo historiador lo que hace es contar), porque pese a la apabullante bibliografía en que se apoyan sus juicios, salen a flote con claridad las particulares vicisitudes que la dominicanidad acumula en su devenir en el tiempo. El mismo autor define el trabajo de los historiadores como una "poética acerca del tiempo, cuyo propósito es dominarlo". Y el laberinto de símbolos que él levanta para esculpirlo en la narración, tiene el aliciente, además, de un aliento lírico.

Yo creo que estamos en presencia de un libro excepcionalmente importante para la historia y la cultura dominicanas. Pedro San Miguel, el historiador puertorriqueño y dominicano, nos regala en este texto la suprema audacia de radiografiarnos en el escenario de una eterna condición: la que se deriva del cúmulo de dificultades que ha enfrentado nuestra identidad para definirse en el tiempo. Y emergiendo de ellas, agazapada detrás de los hechos, la certeza de que esa identidad es un siendo, perpetuamente huidizo, como el río heroclidiano que está pasando siempre, y que algo permanece. Y que pese a todo, tiene sus quijotes que la defienden, y obligan a los mercaderes que se encuentran en los caminos a desgañitarse voceando que ella es la más hermosa doncella de todo el mundo.

Andrés L. Mateo

Universidad Autónoma de Santo Domingo